I. Introducción

El presente ensayo busca llamar a reflexión sobre lo que se espera como tendencias para el próximo milenio, a partir del resultado de fin de siglo y el auge de las libertades económicas.

"Lugar y sentido de la Política en el próximo milenio"

Esta relación viene sufriendo una suerte de apatía de orden participativo de la sociedad en la interacción del sistema social. Podemos decir que la falta de interés se manifiesta por un desencanto hacia lo político. Por una individualización del sujeto social, más orientado a un concepto de supervivencia dentro de un mundo de exigencias que lo presiona sin contemplaciones, con miras a tratar de mejorar su calidad de vida.

Capitán de Navío
Felipe Rojas Quirós

El fenómeno que vivimos es producto de una sumatoria de procesos históricos en la evolución de la humanidad en su ansia de progreso. Se han venido moldeando las estructuras sociales, la vinculación de valores con los límites de lo político y lo privado y se ha diversificado la generación de conflictos internos. Ha cambiado también la interrelación con otros regímenes y sistemas políticos en el ámbito de las relaciones internacionales.

Como factores influyentes y afines al tema, no podemos dejar de nombrar el proceso de industrialización acompañado de los pilares del liberalismo político y del modelo económico capitalista como motor de desarrollo. Asimismo, no será posible soslayar los problemas que afrontan las sociedades liberales, con el surgimiento de corrientes nacionalistas sangrientas y de revolucionarios apocalípticos cargados de ideas radicales de diferente índole.

La caída de los socialismos reales y el aparente triunfo de la democracia liberal, pregona "el fin de la historia" en forma antelada, como si la humanidad no hubiese ya experimentado olas y contraolas, encantos y desencantos, periodos de paz y de guerra. Aparente falacia que se difunde para aprovechar un periodo de incertidumbre, como si los marginados del mundo pudiesen entender puntos de vista filosóficos comparativos aplicados a los acontecimientos más saltantes del fin de siglo. Como si tal visión subjetiva del mundo actual les hiciesen olvidar las penurias que diariamente absorben en carne propia.

Es decir, lo que se desea enfatizar es que no todas las sociedades caminan al mismo ritmo. En cuanto a las más desarrolladas se habla ahora de una fase crítica de postmodernismo, mientras las más primitivas aún se desintegran entre familias; otras, sin embargo, se relegaron en la fase industrial rodeada de desempleo, informalidad y delincuencia como camino de supervivencia. Algunas comunidades, sobrepasadas por lo moderno superfluo, se sorprenden ahora porque parecen reconocer que la modernidad se completa con otro aspecto más importante: el subjetivo, el mismo que ha perdido relevancia. Se dice entonces que la modernidad se ha confundido.

Trataremos de conceptualizar los términos de "lugar" y "sentido" de la política, dentro del marco de una necesidad natural del hombre político y de la tendencia predominante de la democracia liberal a finales del presente siglo.

Nos detendremos, asimismo, en mostrar algunos aspectos de la relación entre conceptos vigentes de nuestros tiempos: modernidad, desarrollo y democracia.

II. El Lugar y el Sentido

Este mundo en el que actualmente vivimos, y que es la plataforma base para las tendencias del siglo XXI, está caracterizado por la rapidez del cambio de lo presente. Cambios en lo material, lo tecnológico, lo mediatista, parámetros que imperativamente han de transformar el consumismo en beneficios monetarios, de tal manera de reflejar, así, un encuentro con la modernidad.

El carácter descrito es consecuencia de las dimensiones dominantes de la realidad actual que entrecruzan las sociedades, vale decir, la imposición predominante de la globalización de los mercados y la influencia de la revolu-

ción tecnológica, también denominada "la perestroika de Occidente". Significa que estas dimensiones, que son tendencias reales, estarían colocando el plano de lo político por debajo del económico, si lo aceptamos dentro de una escala de prioridades. En otras palabras, la economía arrastra a las élites gubernamentales a condicionar el proceso de la toma de decisiones bajo el prisma prioritario del interés económico. Podríamos afirmar que nos encontramos ingresando a una fase de forma diferente de conducir, sesgada por una "política transnacionalizada".

El punto de desencuentro se centra en un desdibujamiento paulatino subliminal de la finalidad de la política, es decir, del Bien Común.

Daría la impresión que la política perderá su importancia histórica y que el mundo el futuro próximo se conducirá por élites inteligentes mecanizadas, mandando a sociedades complejas informatizadas, obedientes, para las cuales el Bien Común sólo será alcanzable y conmensurable en razón directa al consumo de bienes materiales.

Tal descripción utópica no sería posible, pues la política es una actividad inherente al hombre, político por naturaleza y dotado de pasiones, valores superiores a lo material. Por lo tanto, sería incapaz de alienarse eternamente. Tarde o temprano reaccionará para readaptar los beneficios del progreso racional-instrumental a los impulsos propios de la subjetividad del hombre. Es probable que se transforme la tipología de los conflictos y las relaciones sociales, mediante nuevos esquemas de lucha y solidaridad, sin necesariamente ser portadores de nuevas ideologías.

Precisamente, el "lugar" de la política con relación a su protagonismo clásico en un sistema social, es aquello que se encuentra tambaleante ante la arremetida de los condicionantes económicos:

"La economía no sólo quiere separarse de la política, sino desvalorizarla colocándola en un segundo plano, poniendo en tela de juicio su importancia y su existencia" (Marcel Prelot, "La Ciencia Política).

La debilidad de la política para encontrar su lugar en el próximo siglo hay que entenderla dentro de un proceso de transición, en una realidad actual jalonada por el tecnicismo, la competencia y la informatización. Pero no deberíamos esperar la posibilidad de una desaparición de los presupuestos de "lo político": el mando-obediencia, la relación privado-público y amigo-enemigo. No habría la posibilidad de una "anarquía" permanente, se trataría sólo de una etapa de incertidumbre, de readaptación.

Se puede resumir la etapa actual como producto del choque entre la rapidez del cambio tecnológico y la lentitud de la cosmovisión inteligente y analítica del hombre con respecto del mundo que lo rodea.

Cabe mencionar que este choque siempre existió, variando en todo caso el peso de la interelación entre lo racional y lo subjetivo. Quizás anterior e históricamente la balanza se inclinó a la esfera de lo subjetivo, a la teología, luego al positivismo, posteriormente a la fuerza de las ideologías como medio de movilización de las masas. Y hoy en día se apela a la tecnología como motor del progreso, relegando temporalmente la capacidad de respuesta inmediata del hombre, en correspondencia a su letargo reactivo para reubicarse ante la presencia del factor modernidad.

Es interesante sintetizar ahora es-

tos conceptos mediante la opinión que Ricardo Israel nos plantea en su artículo "El Mundo a fines del Siglo XX" (Revista *Política,* N° 28, Diciembre 1991), en el cual diferencia los grandes cambios trascendentes de orden social, producto de la "historia larga" versus los cambios rápidos intrascendentes como consecuencia de la "historia corta". Sin embargo, lo estrecho del periodo de sucesión de eventos de esta última, puede también romper momentáneamente un orden social.

Pero posteriormente, la interacción gradual de la comunidad con sus gobernantes, así como los resultados de la fusión de una tradición cultural madura con la modernidad, pueden llegar a lograr un equilibrio entre la razón y el sujeto. Cada reacomodo sugiere un salto, ni mejor ni peor, simplemente distinto, que se va construyendo por la presencia imprescindible y permanente de los factores que conforman la "historia corta". Una cita de R. Israel para redondear la idea:

"Una nueva estructura de poder se está articulando. Con defectos obvios que no deben ser atribuidos a máquinas sino a que los hombres cambian poco y lentamente. El problema y la solución está en nosotros y tiene cinco letras: ETICA".

Nuevamente enfatizamos un concepto que creemos debe resultar claro: la prevalencia de la política y sus presupuestos como actividad propia del hombre y como ordenadora de todas las actividades humanas.

Julien Freund nos ayuda a corroborar que la política tiene una esencia y, como tal, es "una orientación de actividad vital o categórica de la existencia humana".

El hombre se diferencia por ser, además de animal social, un animal político, con un carácter especial y específico de la necesidad de vivir insertado en un organismo social. Todo ello constituye para el ser humano tanto una necesidad natural, como un ideal.

Podemos resumir entonces, que el lugar de la política se irá readecuando en el tiempo en la medida que el hombre comprenda cuál es el nuevo marco que rige en el mundo de la globalización y de la tecnología, sin desvalorizar su esencia humana. Es probable que este proceso de entendimiento venga acompañado de un retorno a formas revolucionarias, del retorno a emergentes nacionalismos, de vuelta a la búsqueda de apoyos en la religión, sobre todo por parte de aquellos desencantados y marginados de la vorágine del cambio tecnológico. Ello dependerá del "sentido" que tomará la política en cada espacio socio cultural, concepto que es otro considerando del presente ensayo.

Para explicar la referencia al sentido, nos valdremos de las reflexiones de Antonio Leal en su última obra: "El Crepúsculo de la Política". En términos generales, el sentido cuantificado entre la pasión enceguecida y la indiferencia será a la postre el indicador o el "leit motiv" para "encontrar una respuesta al sentido de vacío y de desorientación que caracteriza la actual situación". En pocas palabras, la pasión que cada sociedad le imprima a su vivir cotidiano, conjugado con su respectivo sistema político asociado a los valores culturales genuinos propios, arrojará un tiempo y una forma de adaptarse a las circunstancias del inicio del siglo XXI.

Nos dice Leal que la pasión es imprescindible en toda actividad humana:

"Una vida sin *phatos* no sería, en efecto, más una vida: la pasión es una fuente de intensificación y de potenciamiento de nuestro ser sin la cual nos

sentimos mediatizados, disminuidos".

El problema radica cuando la acción es producto únicamente de la pasión extrema, sin el equilibrio del análisis racional. Más grave aún si esta acción puramente pasional se extrapola a la actividad política, ya sea por parte de los gobernantes o de los subordinados gobernados. Lo que deseamos explicar es que existe una relación pasión-política asociada al "sentido", y el abanico de posibilidades de esta relación será el indicador de la reacción de una sociedad. Reacción intrínseca a su "historia larga" y a su valores culturales.

Para entender mejor las posibles reacciones futuras, a causa de "sentidos extremos" y a manera de ejemplos, citemos nuevamente a Leal:

"Cuando la pasión se manifiesta en la política, la función de la política es sobrepasada por la pasión por el poder, por la voluntad de dominio, por diversos fanatismos". Este es un ejemplo de actitud política por parte de gobernantes.

"Cuando la pasión se transforma en fundamento, su definición absolutiza el sentido y es víctima de la ilusión, dado que la búsqueda de la verdad se transforma en posesión de verdad: la pasión llega a ser creencia dogmática, intolerancia, enceguecimiento de la razón". Este es un ejemplo de actitud de demanda política por parte de gobernados.

III. La interacción de tres conceptos actuales

Modernidad, desarrollo y democracia son tres conceptos que priman en el umbral del siglo XXI; por lo tanto, es indispensable para la estructura del trabajo conocer su relación.

Diremos en primer término que la modernidad con el desarrollo se complementan, pero de manera aislada no garantizan el progreso de la sociedad. Hace falta aludir al marco o régimen político en el cual se desenvuelven. En estos tiempos el concepto modelo político en democracia sería el condicionante impuesto por la presión social y el nuevo orden mundial. Lo ineludible de la democracia, a su vez irrefutable, viene a ser el fondo valórico en el cual se sustenta universalmente: los principios de la libertad e igualdad.

Cabe mencionar que la democracia como sistema político es mucho más complejo, en su viabilidad, que la simpleza alusiva a su definición como proceso alternativo de acudir a las urnas y ejercer el derecho al voto. La democracia no es sólo la realización de un acto electoral.

Al respecto, Alain Touraine contempla tres condiciones básicas para la supervivencia de un régimen democrático maduro:

En primera instancia, lo que el autor denomina "la libertad negativa", cuyo significado radica en el reemplazo de la conquista del poder en nombre de la soberanía popular por el de la limitación del poder absoluto por un principio que no es político. Un principio que se expresa a raíz de un trasfondo cultural, de integración política y social madurada y de respeto a los demás en cuanto a la libertad de ejercer derechos colectivos. Dice Touraine que no hay democracia si los actores sociales no se sienten responsables de su propia libertad y si no reconocen el valor y los derechos de la persona humana.

Una segunda condición es la que se refiere a la necesidad de sentirse ciudadanos, de ser conscientes que pertene-

cen a una sociedad política. Implica que exista una cierta igualdad de oportunidades, una integración y un alejamiento del rito a la nacionalidad.

La tercera condición es que el régimen democrático posea la capacidad de soportar conflictos limitados (en lo que Robert Dahl denomina una poliarquia). Es decir, presupone una maduración en el dialogo, más propio de las sociedades secularizadas, en las cuales los profundos conflictos internos son superación histórica de su evolución y signo de modernidad. Nuevamente Touraine sentencia que "la democracia supone una sociedad civil vigorosamente estructurada".

Sin las condiciones antes expresadas, el sistema democrático es débil y la gobernabilidad se torna más difícil, por lo que se bordea el umbral de la inestabilidad política. De alguna manera, las condiciones aludidas son el espejo de los límites de la democracia. Sin temor a equivocarnos podemos afirmar que sin gobernabilidad no hay un clima de paz social; por lo tanto, el desarrollo se trunca o se detiene.

Pasemos ahora a dilucidar una paradoja para los países considerados subdesarrollados, en medio de las tendencias del mundo desarrollado.

Así como en el transcurso de los siglos se ha venido importando de Europa las ideas del iluminismo, del liberalismo y posteriormente del socialismo para ser aplicadas a realidades socio-culturales distintas, cabe preguntarse:

¿No son ahora también indirectamente impuestas las tendencias del mercado y del modelo democrático-liberal?

¿Qué pasa con el necesario equilibrio entre razón instrumental y el sujeto?

Nos encontramos ante un modernismo que fragmenta, donde parece primar dicha racionalidad instrumental. Esta suerte de queja se encuentra en boga hoy en día incluso en los países desarrollados y se denomina como una corriente postmodernista. Esta corriente podría convertirse en la bandera de los países atrasados, jalonados por las tendencias antes mencionados.

En resumen, aparentemente las ideas de la interrelación de significados entre modernidad, desarrollo y democracia, no calarían exactamente en la gran cantidad de comunidades que conforman los llamados "tercer y cuarto mundos".

¿Cómo compatibilizar, en la práctica, el desfase de las sociedades pre-modernas con las tendencias globalizantes que rigen el mundo actual?

Nuevamente aparece aquí el concepto del "tiempo y la reacción". Creemos que lo principal es no imitar la forma para alcanzar el éxito de otros; "el desarrollo no es absoluto, es relativo. Su secreto depende de la capacidad de pensar y crear" (R. Israel).

Como nos plantea también Martín Hopenhaym: "ni apocalípticos ni integrados". Dentro de este arco de extremos debe estar la respuesta reactiva para los marginados, guiados por un proceso inteligente de adaptación no imitativa, para ubicarse lo más rápidamente posible a la nueva fase que trae consigo la ciencia y la tecnología.

En las sociedades que aún no lograron siquiera completar la era de la industrialización, es decir, aquellas a las que nos estamos refiriendo como atrasadas, existe latente el peligro de la reaparición de los apocalípticos del siglo XXI. Una emergencia de los revolucionarios del próximo milenio, seguramente exentos de ideologías, pero matizados de nuevas formas de expresar su descontento. Aquellos que no lograron integrarse. Existe el peligro de la creación de nue-

vos ambientes conflictivos de inestabilidad y búsqueda de refugios en el pasado. Una vez más nos encontramos ante el factor tiempo y el tipo de reacción o refugio: nacionalismos, sectas de inspiración religiosa u otra, fundamentalismos religiosos, violencia subversiva e integrismos. Y como consecuencia a su vez, la conformación de condiciones para la ruptura democrática.

Estaríamos ante un escenario generalizado de una desestructuralización institucional, caracterizado por la pérdida de canales de representación de intereses atomizados, el desencanto por lo público y el encumbramiento de los grupos económicos. Ante esta realidad sólo variará la respuesta de cada sociedad, acorde a su grado de madurez y solidez para responder a los desafíos del siglo XXI.

IV. Conclusión:

La política para los inicios del siglo XXI se encontrará en un proceso de readecuación con respecto al lugar que siempre ocupó desde el Estado y su gobierno como orientadora de la comunidad en su búsqueda del Bien Común. El empuje de la sociedad hacia arriba le dará el sentido gradual pasional-racional a la política y a las élites gobernantes, proceso que en mayor o menor tiempo concluirá en una modernidad secularizada y, por lo tanto, equilibrada.

Se dará el caso también de la presencia de nuevas formas de violencia estructural, como producto del impacto natural tendencias político-económicas que rigen actualmente. Es claro que "no hay fin de la historia".

La democracia, como modelo, es posible que sufra en el mundo olas y contraolas, porque las condiciones que requiere para su funcionamiento conflictual controlable, no constituye una standarización en el orden internacional.

La estructura de los sistemas políticos se ha modificado de tal manera que lo económico domina temporalmente al plano político. El descubrimiento de nuevos canales de mediación política ante la plurarización de intereses, serán la pieza clave de la estabilidad futura.

Bibliografía:

Benavente, Andrés: artículo "Modernidad: Desarrollo y reformulación de los paradigmas políticos".

Hopenhaym, Martín: "Ni apocalípticos ni integrados" Ed. Fondo de Cultura Económica, 1994 Imp. en Chile.

Israel, Ricardo: artículo "El mundo a fines del siglo XX", Revista *Política* Nº 28 Dic.1991.

Israel, Ricardo: "Para entender el fin de siglo", Ed. Andros Ltda. 1991 Imp. en Chile.

Israel, Ricardo: Morales Ma Eugenia, "Manual de Ciencia Política" Ed. Universitaria 1995, Imp. en Chile.

Jaguaribe, Helio: "Sociedad, cambio y sistema político", Ed. Paidos, Buenos Aires.

Leal, Antonio: "El crepúsculo de la política", Ed. LOM, 1996, Imp. en Chile.

Miranda, Carlos: artículo "De las ilusiones ideólogicas a las seducciones del mercado", Revista *Política* Nº 33 1995.

Prelot, Marcel: "La Ciencia Política", Ed. Universitaria, Buenos Aires 1972.

Touraine, Alain: "¿Qué es la democracia?", Ed. Fondo de Cultura Económica.

Touraine, Alain: "Crítica a la modernidad", Ed. Fondo de Cultura Económica.